

MANUEL GÓMEZ MORÍN
(1897-1972)

Semblanza biográfica

Nació en Batopilas, Chihuahua, y murió en la Ciudad de México. Licenciado en Derecho por la Escuela de Jurisprudencia de la Universidad Nacional. Fue profesor de la Escuela Nacional Preparatoria, secretario de la Facultad de Jurisprudencia, director de la Facultad de Derecho. Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México del 23 de octubre de 1933 al 26 de octubre de 1934. Le tocó asumir la rectoría en un momento crucial y de cambios importantes, pues la Universidad había obtenido su plena autonomía con la Ley Orgánica de 1933. Percibió como necesidad urgente elaborar un estatuto que vigilara la vida de la Universidad y sus autoridades, en un medio y mediante procesos democráticos. Defendió a la Universidad y su carácter nacional •

1.10. Manuel Gómez Morín

Cortés Rocha, Xavier y Adolfo Rodríguez Gallardo (1999). *Visión de la universidad. Una visión plural*. México: UNAM. Pp. 147-175.

*La Universidad de México,
su función y razón de ser de
su autonomía
1934*

El fin social de la Universidad

La Universidad tiene un claro destino social: lograr en cada uno de sus momentos ese fruto complejo y riquísimo en su heterogeneidad, que es la cultura; divulgar lo más ampliamente que sea posible, los frutos culturales alcanzados en la investigación y en el estudio, y dar a la comunidad técnicos bien preparados que se encarguen de sus servicios.

Hay en la sociedad otras misiones tan interesantes como la reservada a las instituciones universitarias: la misión de hacer justicia, la de elaborar el derecho positivo, la de organizar la economía nacional, la de impedir o remediar los males de una defectuosa organización económica y política. A cada uno de esos propósitos responden o deben responder instituciones adecuadas para alcanzarlos.

En relación con todos esos fines particulares, la Universidad tiene el destino de estudiar los problemas que a cada actividad peculiar se presenten, porque la Universidad no es una institución aislada de la comunidad, sino que está hondamente arraigada en ella, unida a las demás instituciones sociales estrechamente, y obligada por su esencia misma a revertir sobre la sociedad entera el fruto íntegro de su trabajo.

Pero lo mismo que para cumplir bien su misión de impartir justicia, los tribunales han de abstenerse de pretender organizar el ejido, de gestionar la creación del seguro social, o de tomar a su cargo otros propósitos por importantes que sean, pero alejados de su competencia específica, así la Universidad, interesada esencialmente en que las demás instituciones realicen su fin, ha de esforzarse exclusivamente por realizar el suyo propio de investigación, de estudio, de preparación técnica, y no de ejecución concreta ni de decisión particular autoritaria.

Es fundamental reiterar la afirmación de que ni en las ciencias, ni en la filosofía, el conocimiento puede estimarse completo y definitivo.

Las nociones científicas de más firme apariencia, aun en aquellas ramas de la actividad científica más antiguas y exploradas como las matemáticas, están sujetas a revisión. Los progresos de la técnica y de la investigación invalidan doctrinas que parecían firmes y abren nuevos horizontes de interpretación y de elaboración doctrinal, en física, en química, en biología. Las concepciones filosóficas sufren la crítica resultante de las aportaciones nuevas de las ciencias, además de estar sujetas a una incesante labor de rectificación y de renovación debida a la crítica filosófica misma.

Las ciencias sociales, de tan reciente iniciación que no pasan aún del periodo de planteamiento de problemas, de búsqueda de métodos, se encuentran por supuesto no sólo sujetas a esta ley de rectificación, sino que por su juventud, por la falta de medios experimentales, por la deficiencia de las posibilidades de observación, están más lejos todavía que las viejas disciplinas, de alcanzar conclusiones definitivas.

La labor característica del pensamiento, por otra parte, ha sido y será siempre la de incesante revisión de su propia obra. Y el periodo actual de elaboración científica, jurídica o filosófica, es esencialmente un periodo de crítica, bien lejano de las épocas en que pueden darse por ciertas, con relativa firmeza, algunas de las nociones esenciales del conocimiento.

Estos datos son rigurosamente objetivos y nadie que quiera mantenerse en un terreno racional puede negarlos. Son hechos, no apreciaciones.

Las condiciones de la acción y las necesidades del estudio

Sin embargo, para los fines prácticos, para la acción, el ingeniero, el electricista, el médico, el hacendista, pueden obrar con apoyo en las conclusiones provisionales de las ciencias respectivas, dando pragmáticamente carácter de verdad definitiva a lo que no es sino hipótesis sin comprobación plena. Pero el matemático, el físico, el químico, el biólogo, el economista, no pueden ignorar para su estudio la provisionalidad de sus conclusiones ni cerrar los ojos ante los datos que para la elaboración de una nueva doctrina o para la rectificación de tesis anteriores, resultan de la investigación positiva y de la crítica metódica.

Y como la Universidad no está encargada de construir, de curar, de elaborar productos, de crear instituciones o regulaciones económicas, fines para los cuales sí necesitaría aceptar tesis exclusivas, sino que está destinada a investigar, a estudiar, a criticar, necesariamente debe proclamar como base de su trabajo, la perfectibilidad del conocimiento y la necesidad ineludible de la rectificación.

Es que para la decisión particular, para la acción, precisa y basta un criterio único. No puede esperarse de los órganos ejecutivos del Estado, por ejemplo, una labor fructífera, si carecen de un programa y de una resolución ideológica definida.

Pero cuando, como sucede en la Universidad, no se trata de ejecutar ni de decidir, sino de buscar y de estudiar, el procedimiento es precisamente inverso y requiere como queda dicho, consideración objetiva, análisis y cotejo de fenómenos y explicaciones, porque de lo contrario en vez de un fruto maduro de conocimiento, se obtendría el mezquino resultado de una mera repetición rutinaria y los que por definición, es indispensable admitir la relatividad del saber y la posibilidad de su ampliación por rectificación constante.

¿Quiere decir esto, como algunos políticos pretenden, que por reconocer que no existe absoluta uniformidad respecto a las conclusiones de las ciencias, del derecho, de la filosofía, la Universidad está desorientada?

Evidentemente no. Está desorientado el que no sabe lo que quiere o el que ignora los medios de que dispone para cumplir su propósito. Y la Universidad sabe bien lo que quiere, conoce y acepta su destino en la comunidad y no trata de ocultar, antes empieza por proclamar, que los medios específicos adecuados para cumplir ese destino son limitados y relativos.

La Universidad quiere y debe querer realizar una obra de cultura y sabe que esa obra resulta no de la afirmación arbitraria, sino del examen objetivo de los fenómenos, de la crítica libre y sagaz de las doctrinas y de las instituciones, porque la cultura es eso justamente: el producto homogéneo, la trama uniforme que resulta del cruce y del cotejo de explicaciones y de críticas, de interpretaciones antiguas y de hechos nuevos.

Conviene recordar aquí, que siguiendo el ritmo de la historia, hay épocas en que se establecen con general adhesión, resultados aparentemente definitivos del pensamiento. En la Universidad, entonces, se sigue como norma general de trabajo el cuerpo especial de doctrina

1933-1934 que la generalidad de sus profesores aceptan. Pero esta aceptación general de una tesis jamás puede ser obra de una declaración autoritaria y no tiene otra estabilidad que la que tiene el pensamiento universal, ya que si una investigación nueva, si una nueva crítica hacen cambiar racionalmente las construcciones intelectuales que parecían establecidas, iniciando o siguiendo el ritmo general del pensamiento, la Universidad cambiará también su cuerpo de doctrina y pasará a las nuevas opiniones a través del periodo de controversia y de incertidumbre propio de todo cambio.

Así en México, cuando con el retraso ordinario llegaron a nuestro país las doctrinas positivistas, después de una lucha intelectual de varios años para abandonar las interpretaciones anteriores, por aceptación general predominó la tesis positivista en nuestros establecimientos superiores de cultura. Y años más tarde, cuando las investigaciones nuevas y las nuevas doctrinas depusieron en contra del positivismo, empezó a desaparecer la posición predominante de la doctrina positivista y se inició, también por un fenómeno de aceptación general, esta etapa actual de renovación que acabará otra vez con el predominio de un nuevo cuerpo de doctrina, sujeto igualmente en el futuro a otras rectificaciones y a una nueva depuración, ya que tal es, venturosamente, el destino de la razón humana.

Esta es la ley del pensamiento. La actitud de búsqueda constante y de insatisfacción y de no conformismo, es la única posición honestamente orientada que puede tener el hombre cuando no acepta, o en todo aquello en que no acepta una explicación o una creencia reveladas por una divinidad omnisciente.

Por eso la Universidad no sólo no está desorientada sino que cumple estrictamente su propósito, cuando se esfuerza en abrir el más amplio horizonte al pensamiento.

Los organismos de acción

En la comunidad han de existir diversos organismos de acción, instituciones orientadas exclusivamente sobre una creencia, partidos políticos, agrupaciones confesionales, corporaciones de toda índole expresamente instituidas para promover la realización o la propaganda de ideas que se ofrecen al público como explicación completa de la vida o como solución definitiva de los problemas sociales.

Para esas instituciones queda reservada la adopción de credos, la sumisión a la voluntad de capitanes indiscutibles, el empleo de las fuerzas muy poderosas de la mística social, la proclamación autoritaria de verdades supremas e incommovibles.

Pero la Universidad es y debe ser cosa diferente. Y en el momento en que pierda esa diferencia, no puede ser llamada Universidad.

Aún puede aceptarse que por "razón de Estado" se suprima la Universidad. Lo que no puede tolerarse, porque es contradictorio en sus términos, es que se diga que la Universidad ha de aceptar por decreto una postura filosófica, científica o social de cualquier clase.

En numerosos casos históricos la "razón de Estado" ha prevalecido sobre la "razón"; mas la experiencia uniforme demuestra que a pesar de la clausura o del envilecimiento de la Universidad, al lado o por encima de la Universidad desfigurada, el pensamiento ha seguido cumpliendo su ley vital de crítica y de renovación hasta lograr de nuevo que la "razón" impere sobre la "razón de Estado".

Orientación y fin social

Conviene precisar sin lugar a confusiones, la honda diferencia que hay entre el hecho de negarse a aceptar racionalmente una tesis cualquiera como definitiva y última, y la aceptación no sólo incondicionada, sino apasionadamente querida de un fin social exclusivo y único.

La Universidad tiene y quiere un fin muy claro y muy definido, ese fin exclusivo y único. Es un fin de servicio a la comunidad. Está ligada con las más limpias y más elevadas aspiraciones de íntegro mejoramiento humano. Jamás podrá alzarse en contra de ese fin, porque él es la sustancia misma del trabajo universitario y sin él la Universidad no tiene razón alguna de existir.

Pero precisamente para cumplir ese fin exclusivo, la Universidad está en el deber de conservarse como un campo libre, abierto a la discusión, condicionado solamente por la objetividad y por la honestidad de los que en ella trabajan.

Aun en el caso de que todos los que formen la Universidad en un momento dado, acepten como cierto un sistema doctrinal cualquiera, la Universidad no puede cerrar sus puertas a la consideración posible de otros sistemas que rectifiquen el uniformemente aceptado. De lo contrario si con el pretexto de una "orientación" postiza abandona la

Manuel Gómez Morín

1933-1934 única orientación que realmente puede tener, la de su propio fin, la Universidad traiciona su destino y causa un mal inmenso a la comunidad que debe servir.

El carácter del trabajo universitario

No puede olvidarse, por otra parte, que la labor en la Universidad tiene necesariamente un carácter facultativo, voluntario. Requiere cualidades de atención, de devoción, que no sólo no pueden ser logradas por fuerza, sino que a menudo implican positivo espíritu de sacrificio.

No es posible pensar en la labor del investigador ni en la del alumno, si no se fundan en un deseo voluntario de conocer. Y si del profesor quiere obtener algo más que el cumplimiento externo y deprimente de una mala rutina, es preciso contar con su vocación, con su adhesión cariñosa a la labor que se le ha confiado.

Por supuesto que el alumno, el profesor y el investigador, pueden tener para su deseo de estudio una motivación ajena a los más altos fines culturales; pero esa motivación determina su voluntad, no la atención misma, que sigue siendo imposible de lograr cuando no es voluntaria.

Ésta es otra de las razones que hacen forzoso un régimen de libertad para las instituciones superiores de cultura.

Claro está que puede haber instituciones de esa clase construidas exclusivamente para enseñar una doctrina; pero entonces tales instituciones son particulares en sus propósitos y es preciso que frente a cada una de ellas se erijan otras con tesis diferentes para alcanzar entre todas la visión universal a que aspira la cultura.

Por otra parte, las mismas instituciones particulares apegadas a una idea única, tienen carácter voluntario y sólo pueden trabajar con fruto dentro de él. Cuando pierden ese carácter voluntario, si no tienen fuerza para imponer por la coacción externa su doctrina, mueren luego; y si tienen del Estado esa fuerza, si se basan en la coacción, dejan de ser instituciones de cultura para convertirse en meras organizaciones policiacas del pensamiento.

Las razones históricas de la autonomía

Por muchos motivos no fue posible durante los últimos años hallándose la institución subordinada a autoridades administrativas, lograr

que en la Universidad prevaleciera el ambiente de paz activa indispensable a su trabajo.

La intervención de autoridades no universitarias dio un tono de pugna a todo intento de disciplina, convirtió en lucha de derechos lo que debió ser empresa común de perfeccionamiento, introdujo así en la vida universitaria, un sentido de contradicción superior a toda consideración racional, porque aun las disposiciones más bien orientadas tomaban el carácter de imposición venida de fuera y contra la cual era preciso protestar.

Más todavía: por un mecanismo psicológico bien claro, aun los actos de las autoridades propias de la Universidad, se entendían como actos de las autoridades políticas, llenos de un sentido oculto, y suscitaban los mismos ataques de orden político y el empleo de los mismos procedimientos de pugna.

Ni el Estado tenía un control cierto sobre la Universidad, ni ésta podía ocuparse eficazmente de su organización. En cambio, el ambiente y los hábitos de lucha creados por una subordinación ineficaz a las autoridades administrativas, se extendieron a todos los sectores de la vida universitaria rompiendo en sus aspectos más esenciales los móviles verdaderos del trabajo y trayendo consigo una serie de consecuencias secundarias muy graves respecto de la actividad docente y, sobre todo, respecto de la formación moral de los alumnos.

La opinión pública, por último, en las más variadas manifestaciones, ha mostrado su interés por la institución, haciendo así que ésta empiece a obtener el debido reconocimiento de la comunidad y a ser considerada como una parte sustancial de ella y no como una oficina administrativa englobada en ese peculiar sentimiento de hostil indiferencia que es tan común respecto de las instituciones del Estado.

De la promulgación de la Ley de Autonomía a la fecha, como han podido acreditarlo la opinión pública y los más altos órganos del Gobierno Federal, no hay un solo dato, no hay un solo hecho nuevo—importa repetirlo—, que no sea favorable a la Universidad y a los universitarios, que no constituya un argumento en favor de la eficacia de un sistema autónomo para el trabajo de la institución.

Y si esto ocurre cuando todavía la obra se inicia apenas, cuando el cambio mismo de sistema presenta problemas que son complicados y hace surgir conflictos de extrema gravedad, cuando en vez de comprensiva simpatía la Universidad encuentra ataques y se repiten los

Manuel Gómez Morín

intentos de introducir confusión sobre sus propósitos y sobre su conducta, es lógico esperar, que cuando la experiencia haya tenido tiempo para su normal desarrollo, cuando sea posible comprobar el resultado de los métodos nuevos de trabajo y la consideración de los problemas universitarios en vez de restar equilibrio y vigor a la Universidad, se traduzca en apoyo decidido y firme para sus mejores programas; cuando las escuelas hayan perdido todo aspecto de maquinaria administrativa para dar títulos profesionales y estén realizadas como sociedades de estudios y de trabajo común; cuando la miseria actual sea reemplazada por una dotación económica suficiente no para atender necesidades burocráticas, sino para poder tener las instalaciones, el equipo y los servicios que son indispensables al trabajo de la Universidad; cuando haya laboratorios más que oficinas, y las bibliotecas no sean muertos almacenes de libros, cuando de modo definitivo se establezca que la coacción y la disputa nada tienen que hacer, antes frustran la obra universitaria; cuando la Universidad respetada sea una enseñanza viva de que la madurez es obra de trabajo veraz y de larga y elevada disciplina, la Universidad rendirá a la comunidad un fruto no sospechado siquiera, lo mismo en valores de pensamiento y de aptitud técnica que en valores de conducta.

Esta situación fue reconocida expresamente por el Estado en 1929, e invocada por él en 1933 para la proclamación completa de la autonomía, con la afirmación exacta de que el problema universitario y su solución adecuada no son cuestiones de fuerza ni dependen de la imposición autoritaria de ciertas normas, sino de la creación de actitudes y propósitos encaminados al logro de la obra común de cultura.

La esencia de la autonomía

La autonomía no es, pues, un capricho. En su forma más alta de libertad de investigación y de crítica, resulta impuesta por la naturaleza misma de la Universidad, por el fin que a esta institución corresponde en la sociedad, por el carácter de su trabajo. En su forma actual es un fruto, por otra parte, de fuerzas históricas que no pueden ser desdeñadas.

Y la autonomía no significa ni podrá significar un absurdo desgarramiento entre la Universidad y la comunidad de que forma parte, una pretensión ridícula de soberanía, un alejamiento monstruoso de la sociedad que la ha creado para su propio bien.

La autonomía ha tenido como sentido positivo el hacer que se plantee más claramente la misión de la Universidad; el hacer gravitar conscientemente sobre los universitarios mismos la vida de la institución y el cumplimiento de su fin; el mantener despierto un sentido de responsabilidad en todos los que la forman, y el volver imperante en la vida universitaria el generoso y elevado impulso que corresponde a las formas sociales fundadas en la aceptación de un deber y no en la imposición coactiva de una norma.

Autonomía no implica aislamiento, como algunos argumentan. La Universidad no vivirá distante de las necesidades y de los anhelos de los hombres, ni al margen de sus dolores y de su esperanza. Estará en medio de la vida social, sensible como ningún otro instituto, no sólo a las grandes fuerzas visibles que agitan a todos los hombres y a todas las mujeres, sino también a la creación, al descubrimiento y a la crítica individuales que han de tornarse después en fuerzas de la colectividad. Dentro de lo actual; pero proyectada al futuro y entrañablemente unida al pasado. Sin confundir el apetito precipitado de la acción inmediata, que no es su fin, con el esfuerzo de conocimiento que es su misión verdadera.

El fruto de la autonomía

Muy corto es todavía el tiempo transcurrido de octubre de 1933 a la fecha, y las circunstancias en que la Universidad ha vivido desde entonces no pueden concebirse más adversas. Sin embargo, la autonomía ha dado frutos modestos; pero ya apreciables.

En primer lugar, la actitud de los alumnos que, a pesar de haber sido constantemente agitados, solapada o abiertamente, por quienes quieren utilizar su acción para otros fines, no sólo han mantenido el orden externo indispensable en el trabajo, sino que han cooperado con eficacia en el estudio de los problemas de la universidad y más que nada, han sabido entender las deficiencias de la organización, soportar los errores, ensayar soluciones, en una forma desde hace muchos años desconocida en nuestro medio.

En segundo lugar, la manifestación de desinterés de cuantos han aceptado seguir trabajando en la Universidad con los salarios más bajos en toda la República y sin perder por ello, antes afinándola, su voluntad de cumplimiento del deber.

Ha sido posible obtener que problemas considerados siempre como asunto de disputa sobre supuestos derechos contradictorios entre profesores y alumnos, sean tratados en un ambiente de deliberación inteligente, inspirada de modo exclusivo en el fervoroso deseo de mejorar la obra común de aprendizaje.

Se ha logrado que la creación de nuevos valores de trabajo, permita superar los errores numerosos, las limitaciones graves de estos difíciles meses de cambio.

Aun en el aspecto puramente administrativo, sólo por el sentimiento ardiente de cooperación que la autonomía ha despertado, ha sido posible lograr que los mermaísimos recursos de la Universidad permitan sostener todos los servicios esenciales.

La actitud contra la autonomía

A pesar de esos antecedentes, de esas razones obvias, de los frutos ya logrados y de las posibilidades patentes de la autonomía, diversas fuerzas políticas están en contra de ella y pretenden destruirla.

Es cierto que en esa actitud predominan motivos rigurosamente personales o de mero comercio político. En algunos casos, la necesidad de hacerse visible en un cambio de autoridades. En otros, el afán de hacer méritos radicales escogiendo como objetivo de las grandes lanzadas revolucionarias, una institución sin fuerza económica o política, en vez de atacar con riesgo las instituciones que verdaderamente debieran ser objeto de la crítica.

Pero por estrechamente personales o de circunstancia que sean los motivos del ataque, éste aparenta fundarse en otros motivos que es menester analizar.

La autonomía, refugio de sandeces científicas

Con absoluta ignorancia de la vida universitaria, se alega que por virtud de la autonomía, profesores impreparados o deficientes pueden convertir la cátedra en asilo de doctrinas anticuadas o triviales.

Ha habido y habrá siempre profesores eminentes y profesores mediocres. Investigadores o profesores atrasados o geniales pueden empeñarse en sostener tesis en desacuerdo con las opiniones generales y aun en

sostener trivialidades verdaderas. Pero la naturaleza misma del trabajo en las aulas o en los laboratorios, la posibilidad libre de crítica, hacen pronto que las actitudes equivocadas sean objeto de reforma o que los profesores deficientes sean abandonados por sus alumnos.

De este modo, orgánicamente, sin necesidad de una intervención autoritaria que podría ser equivocada también y que sería arbitraria siempre, se asegura por la libre crítica, la depuración de la obra de investigación o de docencia.

La enseñanza contradictoria

Con mayor ignorancia aún, se dice que la libertad de cátedra, permitiendo la contradicción, estableciendo la controversia, impide la educación del alumno, le hace imposible la formación de un criterio.

¡Como si la controversia no fuera, justamente, el camino mejor en la enseñanza y en la justicia y en la política, para lograr conclusiones razonables!

¡Como si la formación de un criterio adulto fuera cosa de admitir a ciegas una explicación o una doctrina ignorando sus críticas y desconociendo las otras posibilidades que la vida del pensamiento ofrece!

Sin la posibilidad de contradicción, la Universidad resulta inútil e inconcebibles la obra intelectual y la vida decorosa. Si la controversia es un mal, precisa prohibir los congresos, las asambleas, las reuniones de toda clase, y considerar de paso las bibliotecas como institutos de corrupción social.

La Universidad no prepara técnicos aptos para el servicio social

También se alega que la Universidad está produciendo profesionistas inútiles, en vez de formar técnicos aptos para atender con eficacia las necesidades de la sociedad.

Y bien, éste es un mal denunciado desde hace muchos años, que no depende de la libertad de crítica y del que, en todo caso, es principalmente responsable el Estado mismo, ya que bajo su control ha estado la Universidad.

En efecto, la preparación profesional que ha dado la Universidad, es mala por tres razones: la primera, porque es técnicamente insuficiente; la segunda, porque está orientada a un número tradicional de actividades

1933-1934 con olvido de muchas otras funciones técnicas que la sociedad moderna reclama; la tercera, porque un buen número de los alumnos preparados en la Universidad han ido a la vida más dispuestos a una función individual de ganancia, que a una función general de servicio.

De esas tres causas, la primera no se remedia con órdenes de autoridad, sino con buenos planes de estudios, con buenos profesores, con buenos métodos de enseñanza, con laboratorios más completos y bibliotecas más vivas, con un acendramiento de la disciplina, del orden, del amor a la cultura en cuantos trabajan en la Universidad, alumnos, profesores o investigadores.

La segunda causa tampoco se evita con acuerdos de un ministro ni depende de la adopción de una doctrina única. Es, también, asunto técnico en cuanto se refiere a planes de estudios y a capacitación para profesiones nuevas, y asunto social en cuanto entraña la necesidad de hacer atractivos los estudios necesarios para esas nuevas actividades profesionales.

La tercera razón, la más frecuente y más injustamente invocada como argumento para destruir la Universidad, más que un defecto universitario, es fundamentalmente un asunto que deriva de la estructura social. ¿Cómo exigir, en efecto, que los estudiantes de la Universidad al salir de las aulas, con un fervor apostólico que no existe en ninguno de los otros sectores sociales, se dediquen de modo exclusivo al servicio público, cuando la lucha por la ganancia, que es la forma de la organización social contemporánea, los obliga fundamentalmente a trabajar para ganar, y cuando toda la estructura del Estado actual los orienta a pensar en el poder económico como en uno de los objetivos esenciales para su actividad?

¿Y puede pensarse que esa actitud cambiaría haciendo de la Universidad una institución amorfa y de sus enseñanzas la simple reiteración sin dignidad y sin vida de un catecismo obligado?

La Universidad, sin lazos que la obliguen a encomiar todo presente, procura infundir en el ánimo de sus alumnos, con la enseñanza directa y con el ejemplo de los maestros mejores, actuales y pasados, la clara idea de que la sociedad y la cultura no han llegado a una etapa definitiva; de que son deficientes e injustas las formas sociales y relativas las conclusiones de las ciencias; de que antes y después del bien económico hay otros valores, y de que el apego a la cultura y a sus ideales superiores de mejoramiento, es una forma de vida más valiosa que la persecución de la riqueza o del poder.

Y esta enseñanza, a pesar de estar contrariada por la organización social, es la que ha permitido ya muy valiosos casos de dedicación desinteresada al trabajo científico o docente, de ejercicio profesional honesto, de íntegra actividad judicial, de servicio social inteligente y limpio, de levantada y digna actitud cívica.

No todos los hijos de la Universidad han sido cogidos por la maquinaria del lucro económico y político, y muchos son ahora, como lo fueron otros antes, el nervio de la verdadera transformación económica y moral de nuestro país.

La Universidad, refugio de reaccionarios

Se dice también que la Universidad es refugio de reaccionarios, porque la libre opinión permite enseñar como ciertas, doctrinas muertas ya; porque en la Universidad se profesan tesis contrarias al mejoramiento humano o se divulgan críticas en contra de la organización política actual; porque de la Universidad forman parte enemigos naturales de la Revolución.

Éste es, por supuesto, repetido en todos los tonos de la gastada literatura política, el argumento principal del ataque contra la Universidad. Y es el principal porque quienes lo usan, conocedores prácticos de la psicología política, saben bien que por encima de toda consideración racional, el procedimiento para obtener decisiones políticas es siempre el de suscitar la desconfianza de los poderosos en contra de la institución o de la persona atacadas y debilitar la resistencia de los que racionalmente podrían ayudar en su defensa, haciéndoles sentir que si cooperan en ella, pueden quedar automáticamente incluidos en las listas negras de la política.

Precisa recordar además que algunas palabras acuñadas para la circulación política, acabaron por perder, pasando de lengua en lengua, todo sentido positivo. Así la voz "reaccionario" ya no tiene otro valor que el de una pedrada verbal que tiran los políticos contra el que no está con ellos, cualquiera que sea su actitud.

Se trata pues, sobre todo, de un aparato de constreñimiento psicológico y no de un argumento que se apoye en datos objetivos y en consideraciones racionales sinceras. Y es divertido ver individuos que no tienen más alforja intelectual que la que de la Universidad recibieron, o que anteriormente han pasado por la Universidad como alum-

Manuel Gómez Morín

1933-1934 nos o como profesores sin entender la verdadera misión de ésta y sin cumplir, por tanto, sus deberes, convertidos ahora en "audaces" enemigos de la institución, en arrogantes denunciadores de un sistema que ellos no entendieron, o de vicios y defectos reales de los que algunos de ellos han sido responsables.

Los profesores y los alumnos reaccionarios

Los profesores actuales de la Universidad, en su mayoría, han sido escogidos durante la época en que la Universidad estuvo bajo la dependencia del Estado.

Por otra parte, el campo social de su extracción, es extraordinariamente variado en cuanto a antecedentes y condiciones económicas.

Los millares de alumnos que están ahora en la Universidad y los que han estado antes de ellos, pueden dar testimonio de que fuera de algunas asignaturas especiales, los profesores tienen esencialmente la preocupación debida de su técnica y limitan a la enseñanza de esa técnica su actuación escolar, sin perder el escaso tiempo de trabajo señalado en los programas, en exposiciones de carácter político o social. Todos ellos pueden dar fe, igualmente, de que existen ahora y han existido siempre, profesores afiliados a los más diversos movimientos políticos o a diferentes ideas filosóficas y de que, aun en aquellas asignaturas que obligan a la exposición de un criterio sobre las luchas políticas o sociales, profesores de todos los credos han estado al servicio de la docencia, aunque es cierto que en algunos casos especialmente notables de profesores ahora radicales, los alumnos no han podido recibir el influjo de su enseñanza renovadora, porque la oportunidad de oír la explicación se redujo a unas cuantas asistencias del profesor en todo el curso.

Más todavía: es sabido que, en numerosos casos, aun profesores que por su situación personal parecerían apegados a tesis conservadoras, por sufrir honestamente la acción de los argumentos racionales de su propio estudio, o por un mimetismo muy frecuente por desgracia en nuestro medio, se esfuerzan en exponer y en documentar las doctrinas más modernas, las afirmaciones más radicales.

Se alega, sin embargo, que "científicamente" la extracción social de los profesores ha de obligarlos a una actitud reaccionaria. Pero una breve estadística demuestra que la extracción social inicial y la situa-

ción social presente de la inmensa mayoría de los profesores, los orientaría más a una postura crítica que a una actitud conservadora.

Y en cuanto a los alumnos, aparte de que su juventud misma es garantía de un espíritu de inadaptación al medio y de inconformidad, científicamente también, la estadística demuestra que en un sesenta por ciento de los casos, los estudiantes de la Universidad proceden de familias de maestros, de obreros, de campesinos, de empleados, y que del cuarenta por ciento restante, la inmensa mayoría vienen de familias que viven de un salario extraordinariamente modesto y escasamente suficiente para la vida de los numerosos miembros que integran la familia. Por eso la Universidad, a pesar de necesitar ahora imperiosamente la cooperación económica de los alumnos, para no cerrar a nadie sus puertas por causas pecuniarias, ha debido exceptuar de pago a millares de estudiantes incapacitados para cubrir sus cuotas o ha reducido el monto efectivo de éstas, a sólo un por ciento de su importe en la gran mayoría de los casos.

También en este punto se trata de hechos objetivos y comprobados, no de opiniones.

Las doctrinas muertas y la enseñanza antisocial y antirrevolucionaria

Es cierto, como queda dicho ya, que ahora y siempre habrá profesores atrasados y profesores que se adelanten a su tiempo, y que, en los dos casos, para quienes tengan la opinión media, sus enseñanzas aparecerían como muertas o como dislocadas. Pero también se ha visto ya que ello no es un defecto sino en cuanto los profesores procedan por ignorancia o por insinceridad —que son los vicios imperdonables de la labor cultural— y que aun en esos casos el mal que de su acción pudiera derivarse, se corrige orgánicamente por la oportunidad que la libertad de cátedra brinda de cotejar sus enseñanzas con la crítica de otras cátedras o con el resultado de otras investigaciones.

En cuanto a que la Universidad profese doctrinas antisociales, contrarias al mejoramiento humano, sólo debe decirse que tal afirmación no es sino el aspecto más vil de la maquinación política que se pretende urdir en contra de la Universidad y de su trabajo.

Por su esencia, entre todas las instituciones sociales, la Universidad es la que más limpiamente, sin sombra de interés económico o

Manuel Gómez Morín

1933-1934 político que no puede tener, ha de dedicarse siempre, por sus propios caminos, a la obra de mejoramiento colectivo.

Ninguna institución política o social puede representar mejor que la Universidad, un anhelo concreto y sin mancha, de renovación del orden existente; una orientación libre de componendas, para afirmar que este orden es insatisfactorio y que es menester sustituirlo por otro en que se superen la violencia y el fraude y la explotación y se resta-blezcan valores superiores para la vida individual y colectiva.

La orientación de la "orientación"

Se dice, sin embargo, que esta actitud de la Universidad sólo sería cierta si se ajustara a una tesis social que los "orientadores" no han podido definir; pero que vagamente colocan bajo la bandera del socialismo revolucionario.

Quienes hacen esta afirmación, mienten por partido doble: porque no es cierto que la Universidad pueda cumplir su destino social atándose a ésa o a cualquiera otra doctrina, ni es cierto que lealmente la pretendida "orientación" implique los postulados en que verbalmente dice apoyarse.

Es bien sabido que cuando el socialismo revolucionario era considerado como un delito por los mismos que ahora de improviso se llaman sus abanderados, ya en la Universidad esa convicción, sus afirmaciones y sus negaciones, eran objeto de atento estudio; que también -y nadie puede negarlo- ese estudio, como los demás que con verdadero espíritu universitario se hagan en la Universidad respecto de todos los movimientos que tiendan al advenimiento de una vida mejor para los hombres, ha sido y seguirá siendo hecho sin odio, ni temor, ni interés pequeño; que de él derivó para profesores y alumnos una actitud de afirmación o de negación de la doctrina; pero negación o afirmación nacidas de la convicción racional o, en todo caso, de un libre movimiento del ánimo, no de un mandato impuesto por quienes apenas ayer pudieron ser amarillos y mañana, llevados por la conveniencia política o por la moda última, tomarán cualquier otro color.

La Universidad misma, como institución, aun cuando por adhesión general de sus miembros a una tesis marxista o no, tenga como dominante en su trabajo un cuerpo de doctrina acorde con esa tesis, deberá seguir abierta, bajo pena de la muerte peor que es la resultante

de abandonar su propio y peculiar destino, al descubrimiento y a la rectificación, al invento y a la crítica, a la reordenación de los conocimientos y a las construcciones nuevas.

Manuel Gómez Morín

La "orientación" en la práctica

Suponiendo ya decretada la tesis "orientadora" para la Universidad, ¿cuál sería su realización práctica?

Conviene recordar que el marxismo, aun en los aspectos puramente económicos, no es ni podrá ser, sino para sus adeptos de segunda mano, un catálogo definido de soluciones hechas; que dentro de su misma posición metodológica general, caben las más variadas y opuestas construcciones, interpretaciones, y que por definición esencial en cuanto es una doctrina y no en cuanto es una táctica de acción, significa una tesis histórica que excluye precisamente todo intento de considerar paralizada e inmóvil la vida social y por ende, el pensamiento.

Por otra parte, el noventa por ciento de las actividades de la Universidad, en la investigación o en la docencia, tienen un carácter científico general alejado de las actividades sociales, o son rigurosamente técnicas (matemáticas y geología, histología y máquinas hidráulicas, teoría de obligaciones y alemán, geografía física y otorrinolaringología). Concretamente, por tanto, la "orientación" no tendría influencia alguna en grandes sectores de la actividad universitaria, como no fuera la de correr a los profesores que no quisieran abanderarse complacientemente, fuera de su actividad catedrática, bajo la convicción decretada.

En aquellas asignaturas más directamente relacionadas con los problemas sociales, con la filosofía social (historia, sociología, economía, teoría del Estado) la "orientación" tampoco tendría mayor efecto. O la "orientación" implica determinado número de conclusiones y en virtud de ella, por tanto, el profesor debería limitarse a no exponer sino esas conclusiones, y entonces sería preferible reemplazar al profesor por la lectura de un catecismo, o en caso de exponer las tesis contrarias y de exponerlas sinceramente, se volvería a caer en el régimen de contradicción que significa tanto riesgo de corrupción intelectual para los alumnos según los "orientadores".

Si el profesor ha de limitarse a enseñar la tesis decretada -suponiendo que para cada uno de los puntos de cada asignatura se adopte

por decreto una de las muchas tesis contrarias que pueden caber dentro de la misma doctrina del materialismo histórico-, además de volver inútil la obra del maestro, se tendrá el seguro riesgo de matar la docilidad a los alumnos, o de lograr que éstos, por un impulso psicológico que responde al más elemental decoro humano, concluyan precisamente lo contrario de lo que el profesor por decreto enseñe.

Si se dice que la "orientación" ha de estribar en dar a los alumnos la noción de que es menester modificar profundamente la estructura social contemporánea y restablecer para la vida valores distintos del provecho económico y de la ganancia, hacerles sentir la necesidad de no considerar aceptables las tesis y las doctrinas que no se apoyen en datos objetivos ni soporten la crítica racional, inculcarles el sentido de su trabajo como deber de servicio y no como ocasión de fácil medro, entonces la "orientación" no traerá nada nuevo a la Universidad actual, porque todo su trabajo se apoya precisamente en esos postulados y porque su actitud no es la de defensa de una situación administrativa, sino precisamente la defensa de una estructura adecuada para cumplir esa misión que no se logra con declaraciones, ni con gregaria sumisión a un líder, ni con subordinación a un mandato venido de fuera, sino que debe ser y sólo puede ser fruto libre y responsable de convicción alcanzada en la investigación y en la crítica libres.

Para la acción y para la estructuración de partidos políticos, valen la convicción ciega, la autoritaria adopción de un credo, la propaganda hecha a martillazos de retórica. Para formar brigadas de asalto, fuerzas de choque, precisa la subordinación coaccionada a una voluntad única. Para la vida de la Universidad, no es ese el camino, ya que su misión no es actuar ni imponer, sino por definición, investigar y conocer.

El fin de la "orientación"

Haciendo a un lado los motivos mezquinos personales que hay en el asunto, la actitud contraria a la Universidad obedece a dos motivos centrales: el primero, la falsa interpretación de las doctrinas de lucha social, que, naturalmente, exigen la más vigorosa labor de proselitismo y la más ciega disciplina como táctica en el campo de la acción, lo que se confunde aquí, por retraso de noticias culturales, con la extensión de esa rigidez de convicciones únicas a regiones como la Univer-

sidad, donde no es concebible siquiera la sumisión autoritaria a una tesis exclusiva; el segundo, la ignorancia de lo que es la Universidad y de lo que necesariamente ha de ser siempre el trabajo espiritual, confundiendo con el otro -muy interesante; pero distinto-, que es la lucha por el poder económico y político.

No importa cuál sea el credo social impuesto en la comunidad. Por duras que sean sus disciplinas sobre las instituciones de ejecución, reconocerá siempre la necesidad de una institución que no esté encargada de ejecutar órdenes, de cumplir programas, de imponer doctrinas, sino de hacer el estudio objetivo de los fenómenos, de adquirir el conocimiento de las soluciones que en los programas se comprendan, de criticar y juzgar el resultado de la acción para mejorarla, para encauzarla, para volverla en suma, racional y eficaz.

Y es que, precisa repetirlo, la primera función exige cerrada disciplina, mientras la segunda requiere, por definición, acción libre. Y si se estrecha el círculo del exclusivismo hasta negar vida a las instituciones ocupadas de criticar lo actual, lo contemporáneo, y de preparar el porvenir -que necesariamente será diferente-, tal función pasará a ser patrimonio enaltecedor de nuestros cuerpos, de individuos aislados que más allá o más acá de la voluntad dominante, continuarán el empeño inagotable de renovación.

En el fondo de este asunto está una vieja pugna de actitudes: de una parte los que afirman, y cuentan con la prueba irrecusable de la historia, que la cultura es obra de libertad de ensayo, de rectificación; de otra parte, los que se piensan monopolizadores de la verdad y hacen de la discrepancia un crimen y de la hoguera un método pedagógico.

No importa cuál de las dos actitudes triunfe ocasionalmente en este momento. La que triunfará siempre, será la primera.

La Universidad no ha cumplido su destino

Es cierto que la Universidad está muy lejos del cumplimiento de su misión. Su obra cultural ha sido lamentablemente pobre y particularmente desorganizada. Los profesionales en ella preparados, hemos salido a la vida, en gran número, sin un equipo técnico suficiente; pero sobre todo, laxos en disciplina intelectual y de carácter. La inquietud fructífera por los fenómenos y problemas propios de nuestra misma comunidad nacional, ha sido muy débil.

Pero todo esto no es en forma alguna consecuencia de la reciente autonomía ni resultado de la falta de una supuesta tesis única que oriente a la institución.

Es, desde luego, consecuencia del hecho de que la Universidad apenas tiene como tal, veinticuatro años de haber sido reestablecida; de que en esos veinticuatro años apenas empieza a abandonar el equivocado sentido y los métodos equivocados también, de las viejas escuelas profesionales que la integraron, y de que en esos veinticuatro años, además, siguiendo como era natural, la suerte de todo el país, ha estado sujeta a las mismas vicisitudes que han pesado sobre la República.

Es consecuencia de la mala estructura social, de los mismos motivos que en todos los demás sectores de la actividad nacional han mantenido un estado de dependencia colonial, de verbalismo y de ignorancia de nuestras necesidades y recursos.

Es, sobre todo, resultado de los defectos mismos de la organización de la Universidad y de sus métodos y materiales de trabajo, y del poco reconocimiento social que ha existido y existe todavía —como lo patentizan estos últimos ataques— para las actividades de cultura.

El cuerpo docente

Son muy contados los profesores que por decidida vocación, han podido dedicarse exclusivamente a un trabajo intelectual poco o nada remunerado, y sujeto en cambio a una especie de desestimación social fomentada por los mismos que debieran estimular esta clase de actividades.

El profesor universitario tiene que mantener su trabajo profesional para vivir, y difícilmente destina, con merma de su trabajo diario, una o dos horas para preparar y dictar una cátedra sin quedarle posibilidad para ese otro aspecto, el único propiamente universitario, que es el de mantener con sus alumnos un contacto más constante, menos oficial, para complementar la exposición necesariamente general con la indicación personal, con la indagación de aptitudes o de vocaciones, con el estímulo directo.

Y a medida que la población escolar ha crecido, ha sido menester buscar nuevos profesores para la misma asignatura, y la selección se ha vuelto cada vez más difícil, agravándose con ello el problema de lograr un buen cuerpo docente.

Se requiere con urgencia una modificación, no para que en la Universidad sólo enseñen los que tengan un color político o una doctrina cambiante según la voluntad de un líder, sino para lograr que se reduzca el número de profesores, que la selección pueda hacerse a favor de los más aptos, que éstos se dediquen exclusiva o principalmente a su labor de investigación y de docencia, y adquieran así una responsabilidad puntualizada y exigible y un interés directo cada vez mayor en el resultado objetivo de su trabajo.

Y para ello, además de un cambio en los métodos de enseñanza, se requiere una posibilidad económica a fin de que la Universidad pueda ofrecerles, en pago de su esfuerzo, medios suficientes de vida decorosa.

Es oportuno advertir de paso, que también en este punto la autonomía debe producir resultados excelentes, pues gracias a ella, la selección será hecha con un criterio riguroso de capacidad y nunca con el de amistad política o personal, y el profesor, por tanto, sabrá que no debe fundarse en el apoyo incondicional de un funcionario, sino en la eficacia probada de su trabajo.

La participación activa del estudiante

Cuando en la labor docente no se obtiene una participación activa del alumno, se llega al resultado mediocre de una preparación superficial y precipitada, hecha para soportar con éxito relativo la prueba aleatoria del examen, sin que haya en la tarea ese desinteresado interés indispensable para la adquisición de valores culturales.

Para lograr esa participación activa del alumno, además de un buen personal docente, además de un método razonable de enseñanza basado en la formación de hábitos firmes de investigación y de crítica, de un sistema de pruebas que no oriente a pensar en la escuela como en una oficina pública de la que pueden obtenerse decisiones hasta lograr el título final, se requiere, tal vez más que en ningún otro aspecto de la obra universitaria, la visión clara y sincera de la constante y dramática lucha entre las diversas tesis en pugna sobre todos los puntos del conocimiento. Todo estudiante sabe bien hasta qué punto es un mero cumplimiento de una necesidad mecánica, el acudir a las cátedras que no son sino repetición de un manual, y cuán poco provecho se obtiene cuando en la cátedra no hay, como sólo puede haberlo dentro de un ambiente de libertad, el estimulante co-

tejo de tesis contrarias, el planteamiento agudo de inquietudes y posibilidades.

La modificación de los sistemas de trabajo ha de tender a matar el aspecto mecánico y rutinario de la enseñanza y a reemplazarlo por un proceso vital de aprendizaje. Precisa lograr que la inquietud juvenil reflejada ahora en asuntos de tipo menor o en cuestiones que siendo trascendentales como objeto de la labor escolar, se convierten en bajos tópicos políticos fuera de las aulas, derive a la consideración apasionada, pero inteligente y objetiva, de los problemas científicos, filosóficos o sociales.

Entretanto se ha iniciado ya la renovación experimental y algunos de los males más graves del sistema podrán ser corregidos desde ahora, suprimiendo exámenes rutinarios, eliminando requisitos burocráticos, desterrando el hábito y la necesidad de limitar el trabajo escolar a la lectura y memorización de malos apuntes, volviendo a hacer nacer el gusto por el conocimiento directo de las fuentes, manteniendo laboratorios abiertos y útiles, creando seminarios de investigación, logrando de los profesores una dedicación mayor, más permanente, a la enseñanza.

Los principios centrales de la renovación metodológica

Debe recordarse, ante todo, que el trabajo en la Universidad es facultativo; que a diferencia de los otros grados del aprendizaje, no se trata en la Universidad de obtener un mínimo obligatorio de cultura, y que por ende, quienes acuden a la Universidad, es porque desean libremente ampliar el campo de su conocimiento, adquirir un adiestramiento técnico especial o formarse culturalmente de un modo más completo.

La tutela que la Universidad debe ejercer, es por ello bien distinta de la que cumple a otros grados de enseñanza. No es ni puede ser coactiva; ha de limitarse a ser una forma de libre dirección, de guía, de ayuda estimulante, de ocasión comprobada de trabajo.

Los planes de estudios no podrán ser pensados como enunciación de una maquinaria complicada por la que fatalmente hayan de pasar todos los alumnos, sino como un conjunto de oportunidades, lógicamente graduadas, metódicamente enlazadas unas a otras para que el alumno adquiera con la plenitud posible, su conocimiento.

La enseñanza ha de tender a despertar interés e inquietud por el conocimiento, a mostrar las dificultades y los caminos de la investigación y de la elaboración científica, a formar hábitos de honesta y veraz objetividad de trabajo, no a dar la falsa e innoble impresión de que todo está hecho ya, de que el conocimiento está encerrado entre las dos pastas de un manual.

Las pruebas no han de consistir en un acto de juicio para sentenciar sobre el "derecho" que tenga el alumno a pasar de una asignatura a otra o a recibir un diploma, sino como ocasión de estímulo también, y de orientación; como medio indispensable para que la Universidad que en ese punto tiene una responsabilidad social evidente, certifique una aptitud técnica determinada.

El trabajo docente comprenderá la exposición general de un cuerpo de doctrina; pero no se limitará a eso, sino que habrá de extenderse a las labores monográficas de adiestramiento y de comprobación, y a la investigación y a la discusión vitalizadoras, comprenderá la enseñanza técnica; pero sin pretender, fuera de la rigurosa especialidad, agotar todas las particularidades prácticas en cada profesión, y sin que el trabajo universitario se reduzca a los límites escuetos de una especialización particularmente técnica contra la que está la experiencia universal.

Los catálogos de grados y de títulos profesionales, cubrirán las exigencias sociales de servicio técnico sin olvidar los valores puramente culturales y deberán reconocer que desde hace mucho tiempo, la comunidad exige especialistas mejores y más bien preparados, y profesiones distintas de las tradicionales.

El ingreso a la Universidad requerirá demostración por parte del profesor y del alumno, de preparación y de vocación verdaderas, y de su permanencia en la institución será condición indispensable un trabajo honesto y eficaz.

Y al lado de la labor docente, inspirándola, rectificándola, la de investigación en los laboratorios, bibliotecas, estadísticas, abrirá a los profesores y a los alumnos nuevos campos de pensamiento, y permitirá que la Universidad, además de producir técnicos, ofrezca datos verídicos y comprobados para la mejor solución de los problemas nacionales.

Investigadores y profesores trabajando unidos para completarse; aprendizaje de cátedra, adiestramiento técnico, inquietud de investigación, responsabilidad crítica, actividades desarrolladas paralelamente

para obtener el verdadero fruto del trabajo universitario que no es la preparación puramente mecánica de una aptitud técnica determinada, sino el conocimiento de los principios generales, y más aún de los métodos de trabajo, y la adquisición firme de hábitos elevados de pensamiento y de conducta.

Y todo este esfuerzo cumplido en un ambiente propicio, respetado, de voluntaria dedicación, de disciplina querida, de inquietud ardiente; pero metódica y subordinada a un fin superior, animada por la presencia espiritual constante de las dificultades reales y de la inagotabilidad del trabajo, y de las necesidades y de los anhelos permanentes de la comunidad.

Las condiciones de la reforma universitaria

Para cumplir esa transformación hace falta, desde luego, en los universitarios y en toda la sociedad, una comprensión clara de la naturaleza de la Universidad y de los medios que tiene para lograr el fin que en la comunidad le corresponde. De esa comprensión derivarán la simpatía y el respeto para los esfuerzos que la Universidad desarrolle en su propio trabajo de mejoramiento.

Hace falta, también, una actitud social de estímulo para la labor cultural y la consideración de su cumplimiento como uno de los frutos mejores de la vida colectiva.

Hace falta conservar sinceramente una actitud de apoyo para que de esta difícil etapa experimental de organización mediante la autonomía, puedan resultar superados los defectos orgánicos que han hecho imposible o muy difícil hasta ahora, el trabajo de la institución, y han introducido en él, factores dominantes de desequilibrio e ininteligencia.

Es necesario, además, que la Universidad tenga los medios materiales indispensables para su trabajo y que, para ello, siguiendo la lógica experimental de la autonomía, sea dotada por la comunidad de un patrimonio suficiente, a la vez que se le exige la responsabilidad de la más útil y más proporcionada distribución de sus recursos. Como prueba de devoción este año de miseria ha dado frutos innegables; pero la Universidad no puede vivir más tiempo en esta angustia económica que no es paralela a la situación general. Sobre todo, la Universidad debe contar, por conveniencia social evidente, con lo necesario para cumplir con estricta eficacia el deber que le incumbe.

Hace falta recordar que el conocimiento, como la vida, no es cosa fácil ni simple, sino asunto extraordinariamente complejo y difícil. Hace falta tener fe en la aptitud del pensamiento mismo para ampliar y rectificar su obra. Hace falta creer firmemente, que sobre los valores de sumisión incondicional, de necesidad económica, de propaganda ocasional, hay valores más altos de fidelidad a un propósito, de verdad y de bien, de dramática sinceridad consigo mismo.

Precisa en suma, si se quiere que la Universidad viva, mantener la lógica del deseo: querer que la Universidad sea lo que por naturaleza debe ser y no otra cosa, y para ello no restarle los medios espirituales y materiales necesarios.

La existencia de la Universidad no es un lujo, sino una necesidad primordial para la República.

El trabajo de los universitarios no es sólo un derecho, sino una responsabilidad social bien grave.

Ni la Universidad puede vivir ni los universitarios pueden trabajar con el fruto que la comunidad tiene derecho de exigirles, si las condiciones de apoyo y de comprensión no se cumplen.

El trabajo universitario no puede ser concebido como coro mecánico del pensamiento político dominante en cada momento. No tendría siquiera valor político, si así fuera planteado.

Ha de ser objeto, autónomo, como todo trabajo científico; ha de ser racional, libre, como todo pensamiento filosófico.

Y en cuanto debe incluir la preparación ética de los jóvenes, ha de ser levantado y responsable, no apegado servilmente a los hechos del momento ni a la voluntad política triunfante.

La Universidad ennoblecida por la libertad y responsable, por ella, de su misión; no atada y sumisa a una tesis o a un partido, sino manteniendo siempre abiertos los caminos del descubrimiento y viva la actitud de auténtico trabajo y de crítica veraz; no sujeta al elogio del presente sino empeñada en formar el porvenir, dará a la República, cualquiera que sea el estado de la organización social y política, la seguridad permanente de mejoramiento y renovación.